

NOTAS

1. Antonio Caso, *México, Apuntamientos de cultura patria* (México, 1943), pp. 84-85.
2. Caso, p. 92. Esta traducción de Kant al castellano, que tuvo gran influencia sobre el desarrollo de la filosofía en Hispanoamérica, es obra del filósofo cubano José del Perojo Figueras (1852-1908), quien había estudiado en Alemania y en España.
3. Caso, p. 30.
4. Samuel Ramos, *Historia de la filosofía en México* (México, 1943), p. 141.
5. José Vasconcelos, *Ulises Criollo*, 5ª ed. (México, 1936), pp. 266-267.
6. Vasconcelos, p. 267.
7. José Luis Martínez, *Las letras patrias* (De la Epoca de la Independencia a nuestros días), en *México y la cultura* (México, 1946), pp. 430-431.

Luis LEAL,

University of Mississippi

Hispania, dic. 1954, XXXVII, N° 4,

págs. 425-8.

RECUERDO ARGENTINO DE ALFONSO REYES

Entré al asombro y al misterio de México por un camino imperial, ricamente ornamentado de esos adjetivos sutiles que nuestra haraganería en discernir matices va tornando sinónimos. Solís y Rivadeneira, el hombre de los versos definitivos acerca de la conversión de San Francisco de Borja, a la vista del cadáver de la señora emperatriz, me llevó de la mano por una prosa como de piedra labrada. Desde entonces me habitué a pensar, al igual de muchos argentinos, que todo lo que viniera de México tenía por fuerza que ser rico, vehemente, ligeramente desproporcionado en su íntima maravilla. Luego vino el conocimiento de los poetas, que siempre nos alcanzan la máxima revelación. Los leíamos a todos, desordenadamente. Urbina, Othón, Gutiérrez Nájera, Estrada, González Martínez, Icaza, Villaurrutia, fueron desfilando alternativamente, sin olvidar a Neruo, de boga mareante, recitado con cualquier motivo, y máximo cosechador de lágrimas adolescentes. Pero, para mi generación, la de *Martín Fierro* que, entre otros dio a Ricardo Güiraldes, autor de *Don Segundo Sombra*, México, más que nada, fue el López Velarde de *La suave patria*. Nos entusiasmaba ese poema, verso por verso, a la par de ciertos fragmentos de Paul Eluard, Apollinaire, Sandburg y Eliot, que gobernaban nuestra incipiente estética, regida por el furioso verso libre y la relampagueante metáfora.

Fue en el año aciago de la muerte de Ricardo Güiraldes en París, cuando se acercó a nuestro grupo la lúcida llamarada, provocativa, intensa, desmedida y tan humana, en que parece arder y comunicarse, desde siempre, don Alfonso Reyes. Lo recuerdo en el día de nuestro primer encuentro. Fue en un almuerzo en "La Criolla", restaurante cercano al viejo cementerio porteño de la Recoleta, lugar donde el verde de los árboles y del césped se comporta moderadamente, bajo un cielo lento y gris o de un azul lejano, lavado. Yo ahora, que he tenido la dicha de trabar amistad des-

lumbrada con el paisaje de México, diría que Reyes nos traía ya la multiplicidad de este verde y la gloria vencedora de estos cielos apenas comparables con los del Octubre romano. Su pira verbal se encendió para algo que perdura en él. Elogió la juventud. Embajador, escritor de reputación universal, que ya amábamos al través de sus versos, de *El Cazador* y de sus magníficas traducciones de Chesterton, el gesto era rotundo e inesperado. Y bien mexicano, por cierto. No se refugiaba en la polvorienta penumbra de la academia y los falsos consagrados. Respondía a nuestro anhelante llamado. No pasaba nuestra época de sumisión filial; buscábamos siempre, aunque sin confesarlo, el maestro. ¿Sabe Alfonso Reyes en qué medida lo fue, sin proponérselo, de nuestra generación?

Teníamos a Leopoldo Lugones. Admitía nuestras visitas en su rincón de la Biblioteca del Consejo Nacional. Pero más que ortodoxo, era fanático. En su batalla a favor del verso rimado exaltó nulidades como Rega Molina y desconoció poetas que han quedado, como Borges, Molinari, Mastronardi, y Marechal. Se transformó en un exégeta caprichoso y en un argumentador capcioso, mientras escribía algunos de los más bellos poemas de la lengua castellana. Lo admirábamos, por más que lo atacáramos casi todo el tiempo, pero no nos servía como orientador. Nuestras fuerzas recibieron su primera noción al ser admitidos a la amistad cálida y comprensiva de Alfonso Reyes. En él latía para alzar, de pronto, súbito vuelo resplandeciente la receptividad viva del más adorable humanismo. Parecía encarnarse en él el verso profético de Rimbaud, aquél que habla de los pájaros de oro y del futuro vigor. ¿Sabe Alfonso Reyes cómo ocupaba el centro de nuestras conversaciones? Luego, naturalmente, no se lo decíamos. Más aún, lo ocultábamos con la misma máscara que nos poníamos para publicar un número de *Martín Fierro* afirmando que un inodoro era una conquista estética más profunda y real que un cuadro de Rafael. Entrábamos a la exposición del cotizado Quinquela Martín y colgábamos letreros que decían: "¡Cuidado con la pintura!". Teníamos que abrirnos paso, de

regreso a la calle, a trompadas. Traíamos a Marinetti y a Ramón Gómez de la Serna y, en seguida los enloquecíamos con polémicas burlonas. Irrumpíamos en la revista *Nosotros* pegando salvajes alaridos. En el último banquete que le dimos a Güiraldes, en lugar de discursos hubo guitarreadas y epigramas, algunos de ellos muy virulentos. El espíritu travieso de Oliverio Girondo y de su actual mujer, Norah Lange, entonces una niña de cabellera rojiza, dictaminaba parálisis casi generales y muy progresivas a toda actitud sospechosa de engolamiento y solemnidad. Pues bien: Reyes llegó y se instaló como si siempre nos hubiera conocido. Su agudeza nos quitó toda proclividad a la tontería. Lo escuchamos con avidez. Su gran trepidación de llamarada se nos comunicó, encendiendo en nuestro fingido cinismo una claridad auténtica. Nunca sabrá en qué medida lo considerábamos ilustre. Había un poema suyo, que hablaba de cosas que habían compartido amigos, incluido el lance amoroso con las mismas mujeres sin dueños, que todos sabíamos y repetíamos.

Un día llegó a mi casa, desalado, Jorge Luis Borges. Tenía una gloriosa desazón y necesitaba explayarse con alguien. Había ido a una conferencia de Reyes. Y Reyes, sorpresivamente, lo había nombrado. Creo que fue el primer gran estímulo que ese escritor de excepción recibió en su vida. Luego, hasta el día desagradable de la ausencia, en 1930, Alfonso Reyes fue nuestro, de nuestro Buenos Aires, de nuestra pampa lisa y metafísica y angustiosa como la idea matemática del infinito, sin dejar de ser mexicano hasta en la raíz de su mirada viva y vencedora. Yo tuve la dicha de recuperarlo en los días cálidos de Río Janeiro. Discutimos acerca de Goethe, de quien yo no respetaba en aquella época más que las *Elegías romanas*; me leyó algunas traducciones de Mallarmé, en la penumbra, con techo decorado, de su biblioteca de la calle Laranjeiras, mientras afuera acechaba el crepúsculo violeta del trópico; fuimos a recibir a Pierre Drieu-La Rochelle, que había de matarse en París, después de cometer el funesto error de colaborar con la

Alemania de la ocupación y las torturas; compartimos el pan, las calles, la batalla verbal, la bahía redonda y azul, ciertos sueños, y un sitio callado, de aire detenido y antiguo, que le encantaba: el Largo do Boticario. Luego volví a Buenos Aires y supe muchas cosas más de México. Borges y yo dirigíamos el suplemento literario de *Crítica*. A Siqueiros, que pintaba murales en un sótano de la casa de Botana, le pedimos una carátula. Nos dió un dibujo en colores que titulaba, bien mexicanamente, "Contra la corriente". Y luego colaboraciones que recordaban hechos de los villistas y los carrancistas. Por Fernando Robles, compañero de redacción, también mexicano, nos fuimos enterando de otras cosas. Y llegó el canto, y el arte pictórico, y el cine de México. Y nos sorprendió la arqueología tan sabia de los mexicanos y sus estudios económicos y científicos. Chávez, Caso, Zavala, Torres Bodet trascendieron, al lado de valores populares, que conquistaron aplausos pocas veces oídos en la Argentina. Pero yo tuve, siempre, la sensación de que ya estaba enterado de todo. Lo había visto, de una vez, a la luz trémula, definitiva, ardiente y milagrosa de Alfonso Reyes. Su claridad me invadió de nuevo, como si los años hubieran pasado tan sólo para mí, cuando lo contemplé otra vez, juvenil, nervioso, expandiendo su bella impaciencia y su amistad tan honda, no ya para mí, sino más en grande, para todo lo humano, en su casa —naturalmente forrada de libros—, que abre su dulzura constante de hospitalidad y meditación, su señal tan viviente en la noche del mundo, rodeada por leguas y leguas del misterio y la gracia infinitos de México.

Ulises PETIT DE MURAT.

Novedades. México, 1954.

SOBRE ALFONSO REYES

Ningún escritor hispanoamericano ha logrado como Alfonso Reyes, aunar en su pensamiento y en su estilo (identificando estilo y pensamiento) la erudición con la gracia y ambos con la agudeza crítica. De esta difícil consustancialidad intelectual y estética, trina y una, proviene la singular personalidad, en el campo de la ensayística literaria, de quien es, sin duda, el mejor escritor mexicano contemporáneo, en su género, y uno de los mejores de todo el continente.

Sabemos que, por regla general, el escritor erudito es pesado, árido, sin estilo; su labor, muy útil y meritoria, hasta podría decirse necesaria, carece de valores literarios, puesto que carece de ideas y de gusto; y, sobre todo, porque opera más con la letra que con el espíritu. Libertarse de esa prisión metódica de la letra, poder entrar y salir de ella ágilmente, servirse de sus materiales documentarios para construcciones originales, espirituales, es virtud muy de admirar, no sólo porque es rara, sino porque realiza el prodigio de aunar en la misma escritura lo que, casi siempre, anda dividido, respondiendo a vocaciones y disciplinas distintas. El crítico aprovecha el trabajo del erudito, cuya función es esa, precisamente: servir, aportando el material bibliográfico que el intelecto utiliza; y es su verdadero fin. Nada más simbólico, de la personalidad de Reyes, que esta circunstancia, determinada por él mismo: su casa es una biblioteca, un gran recinto repleto de libros hasta el techo, en medio del cual elabora silenciosamente sus páginas, como una abeja que, del jardín libresco, crea la más preciosa miel literaria.

Ya sería mucho unir ambas cosas, ser a la vez un ensayista sutil y un erudito metódico; pero Reyes es todavía más que eso, es un artista, un escritor tocado por la gracia del estilo; y a tal punto que, a menudo, parece casi desprenderse de la gravedad del tema mismo, para hacerlo objeto de un elegantísimo juego literario, de un fino

deporte espiritual. Casi, y parece tal, decimos, para dar la medida justa de ese don estético de su prosa, que no incurre nunca, sin embargo, en el mero juego verbal ni el culteranismo decorativo, vicios con los que podría confundirse. Un sentido de equilibrio perfecto, que jamás pierde, mantiene a este escritor en el plano de la justa proporción de los elementos, el número exacto, la regla de oro; siempre dice algo agudo y siempre lo dice con gracia suma. El "enseñar con gracia", norma platónica y luego renana, que Rodó trajo a la prosa de hispanoamérica, afrancesándola un poco, (aunque no lo necesitaba, pues los españoles del siglo de oro fueron también maestros sumos en ese arte), halla en Alfonso Reyes una nueva y felicísima forma. Tal vez sea, después de Rodó —cronológicamente hablando— el mejor prosista de América, entendido esto en el sentido del arte. Pero ya sabemos que no se trata aquí —ni allá— de la prosa engolada y retórica, peyorativamente académica, ni tampoco de la otra, arbitraria, extravagante, metafórica, cosas ambas que —oropel— suelen todavía abundar en América y confundirse con el metal verdadero.

En la prosa y en la crítica de Alfonso Reyes, de forma y contenido cabales, la cultura intelectual hispanoamericana y su literatura, alcanzan uno de sus frutos de más sazón, dentro ya de una zona histórica de madurez de las letras, al nivel cualitativo de lo europeo. Cualitativo, entiéndase, lo que no inhibe sino que implica necesariamente diferencias, como todo producto auténtico. Señalar de cuantos vicios típicamente sudamericanos está exento el fino y vigoroso intelecto del ensayista de *El Deslinde*, sería hacer el proceso entero de la garrulería de feria que, en gran parte, falsifica y desprestigia la literatura ensayística de estos países; y el horroroso floripondio, siempre en uso aunque cambie de modas literarias; de todo lo cual hay abundantes muestras no sólo entre la difusa medianía intelectual sino hasta entre los que alcanzaron títulos y fama; pues, tales para cuales, frutos del mismo árbol, etc., no dejarán de existir y apestar hasta que el nivel general de cultura haya subido.

Menos mal, que, a Dios gracias, está la minoría, culminando, a su vez, en tipos literarios ejemplares como el de Alfonso Reyes.

No obstante ser verdad eso del nivel de cultura que decimos, en cuanto respecta al medio, ha de señalarse que, esa calidad intelectual que ejemplarizamos en Reyes, es virtud intrínseca del sujeto —que da Natura y no Salamanca— no bastando a explicarla, en este caso, el hecho de que, hacia 1914, a los veinticinco años de su edad, —y luego de su brillante *debut* en el Ateneo de la Juventud, de México, junto a Antonio Caso, Henríquez Ureña, Vasconcelos y otros camaradas, grupo del cual era el Benjamín —y ya después, también, de haber publicado en París (¡cómo no!...) su primer libro juvenil: *Cuestiones Estéticas*— fuera a emprender el aprendizaje de su oficio y ejercitar aquellas disciplinas en el Instituto de Filología y Centro de Estudios Históricos de Madrid, bajo el magisterio de Menéndez Pidal. Pero ha de estimarse que en tan excelente escuela de especialización, adquiriese lo que se podría llamar la técnica de su profesión, la de la crítica y el ensayo histórico-literario, a través de trabajos preparatorios tales como ediciones críticas de los clásicos castellanos, (ejerciéndolo, a veces, de simple aprendiz y ayudante de los ya avezados profesores) y modestos estudios bibliográficos en la *Revista de Filología* y otras publicaciones análogas. Porque otros sudamericanos han cursado esas y otras "técnicas" y "humanidades" en institutos de aquende o allende, y no por ello han dejado de convertirse sólo en meros formalistas y pedantes. Pues bueno es hacer notar, de paso, que otra de las virtudes de Reyes es haberse librado de ese mal de la pedantería, que casi siempre afecta a sus congéneres académicos; tal vez por un íntimo sentido de la ironía (flor de civilización) muy acusado en él, que es como la sal de la inteligencia.

De esos estudios provenga, tal vez, en parte, una de las características más salientes y singulares de su estilo: la casticidad, bien entendida. Es la suya, probablemente, la prosa que tiene más depurado sabor de hispanidad idiomática, entre la de los buenos escritores de América. Pero su hispanidad de lengua está muy lejos

de tener algo que ver con ese ficticio, amanerado esfuerzo de mimetismo españolizante, cosa espuria en la que caen algunos ingenuos escritores americanos; es auténtico entronque tradicional con las fuentes vivas del idioma, acrisolada por su gran intimidad con las letras del siglo de Oro y cultivada también, como se dijo, por sus disciplinas de juventud en el Instituto de Filología bajo las barbas de Menéndez Pidal.

Así, sin perder su sonrisa irónica (socrática) su cordialidad de camarada, su aristocracia de gentil hombre, —sin empaque, sin ínfulas, sin solemnidades—, culminando una fecunda y siempre valiosa producción de títulos muy notorios —entre los cuales pueden señalarse mayormente *Ifigenia Cruel* y *Cuestiones Gongorinas*, 1927; *La Antigua Retórica* (1942); *Capítulos de Literatura Española*, *Calendario* y *Tren de Ondas*, *Dos o tres mundos*, *Cortesía*, *La Crítica en la Edad Ateniense*, *Pasado Inmediato* y otros *Ensayos*, *Grata Compañía*, *Los Trabajos y los días*, *Junta de sombras*, y otros, abarcando cuarenta años de labor— llega a los más magistrales trabajos de teoría y metodología literaria que se hayan escrito en América; tales *La Experiencia Literaria*, *El Deslinde*, *Tres Puntos de Exegética Literaria*, (antes aparecidos, en 1945, en *Jornadas*, órgano del Colegio de México que él dirige). Son éstos probablemente —además de magistrales, por su método— la contribución más original de las letras hispanoamericanas a la labor universal en ese género de estudios. Puede decirse que, con ellas, la cultura americana empieza a dar a la Occidental —su matriz— y no sólo a recibir de ella, sus propios valederos aportes en ese campo del saber, superando altamente la etapa del mero discipulado, todavía la general, que se atraviesa.

Aparte, pues, de toda la labor crítica de Reyes —muchos pequeños ensayos, que son todos sus escritos fragmentarios— recogida en más de una docena de libros eruditos y espirituales, nutridos de saber, de juicio, de perspicacia, de donaire— habría que fijar especialmente la atención en esos dos o tres trabajos ya señalados, de

teoría, metodología y exegética literarias, en los cuales, todos los esfuerzos de la crítica contemporánea tendiendo al probable planeamiento de una ciencia de la literatura, llegan a refundirse en el crisol de su inteligencia, para dar una síntesis depurada, que, a su vez, vierte sobre la problemática fundamental de la materia, una nueva claridad, exacta y sutil. Aun cuando no exenta, como es natural, de posibles objeciones, en el campo de la polémica doctrinaria, es lo más próximo, hasta ahora, a esa objetividad lógica que se pretende. Valiéndose de su fina, agudísima intuición del fenómeno estético, —sin desprenderse del exacto instrumental metodológico— en un certero juego de análisis y síntesis, avanza por entre hechos y teorías, hasta llegar a una de las más lúcidas alturas de esa disciplina del conocimiento. Esos tres trabajos se encuentran entre aquellos pocos que, necesariamente, han de tener en cuenta quienes, —aquende y allende, repetimos— se dediquen a estudios de estética, crítica e historiología literarias.

Es rasgo bastante distintivo de la personalidad de Reyes con respecto al ambiente americano de la gente de letras, en general haberse mantenido, en lo más importante de sus escritos, al margen de las cuestiones pragmáticas, de orden histórico-político, —aunque no, claro está, en un sentido más amplio, de aquello que llama Valery, “política del espíritu”—. Sabemos ya que ese orden de cuestiones ha sido y sigue siendo el eje, explícito o implícito, de casi toda la literatura ensayística del continente; y a más de ello, en el campo de las letras, tributo personal obligado de casi todo escritor, como ciudadano, y no sólo de su país en particular, sino de lo que podría llamarse la anficiónía política continental.

Reyes es uno de los raros casos, en América, y entre ellos, tal vez el más netamente significativo, del puro *hombre de letras*, como dicen los franceses, en expresión más típica que escritor y menos peyorativa que literato. Su tema, su ocupación, han sido la literatura. No se significa —ni se presenta— como un “profesor de idealismo” ni de “energías”, ni parece que le haya desvelado el

título de "maestro de la juventud" (al que todos sus colegas aspiran), al menos, en otro magisterio que no fuera el de las letras mismas a cuyas disciplinas ha consagrado su vida entera, apenas distraída colateralmente en funciones diplomáticas; más, sin haber confundido nunca el protocolo con la cultura. Su símbolo —doble símbolo, de sus características, interna y externa— es esa silenciosa "capilla alfonsina", que le llamó Díez-Canedo, refugio del diplomático jubilado y del escritor, en su otoño fecundo.

En ese sentido de su acción cultural, funda y preside el "Colegio de México", instituto libre de altos estudios que, en la década del 40 al 50, llega a ser la más notable expresión de la intelectualidad de aquel país y una de las más notables de América. En su composición, que integran centros diversos: de estudios históricos, sociales, filosóficos, literarios, él se ha reservado la dirección inmediata de estos últimos; integra también su estructura un seminario sobre el pensamiento hispano-americano, dirigido —caso curioso— no por un americano sino un talentoso español exiliado, José Gaos; todo lo cual se complementa con un órgano periódico de publicidad, *Jornadas*, importante colección de ensayos sobre materias de su programación. Puede argüirse que esto, ya de por sí, importa una directa y fuerte contribución de Reyes a la acción cultural americanista; y evidentemente lo es; como lo es, aún sin este Colegio, toda su obra literaria... Pues, ¿qué mejor contribución al desarrollo de una cultura americana que esa obra literaria suya, tendiendo a educar la inteligencia y el gusto, a corregirlos de los vicios que lo subalternizan, como él lo hace ejemplarmente? ¿No es ya mucho, de su parte, que América pueda presentar ante el mundo productos de su intelecto, de tan alta calidad como los mejores, que tales son los suyos, en las disciplinas de su dedicación? La observación apuntada más arriba, se refiere únicamente a las cuestiones de orden histórico, político, sociológico, tan predominante, aun en el terreno mismo de la literatura.

Pero, también han de anotarse aparte de ello, contribuciones suyas directamente de tema o intención nacional y americana, y aun de espíritu ético-político bien definido. Esto no contradice aquéllo, pues aquéllo es lo predominante en él, así en la suma como en el valor. Estas serían las comprendidas bajo los títulos *Visión de Anáhuac*, (1922); *El testimonio de Juan Peña* (1930), *Ultima Tule* (1936), *Visperas de España* (1940), y otros varios opúsculos y escritos sueltos, en todos los cuales toca problemas de aquel orden positivo, referentes a su país, a América, a España; a ésta, con motivo de la caída de la Segunda República, a cuyos elementos intelectuales se hallaba íntimamente vinculado. Sin lanzarse a campañas de lucha ideológica y polémica —actividad desacorde con su temperamento literario—, ha pagado, pues, también, tributo a la realidad histórica y al ideal americanista, y por cierto que en especies de la más fina clase. Y lo que es más de apreciar, no adoptando en ningún caso posturas de apóstol o profeta, con las que la fácil demagogia político-intelectual tanto ha falseado y desacreditado el verdadero americanismo; (tanto, cuanto ha ofendido a los hombres de alma y acción verdaderamente apostólicas, que los ha habido, como Martí).

En 1952, la serie de estudios nacionales que Leopoldo Zea empieza a publicar bajo el rótulo general de *México y lo Mexicano*, se inaugura con un nuevo aporte de Reyes titulado *La X en la frente*, que, graciosamente —como lo suyo todo— toma su nombre reivindicatorio de un reproche irónico de Unamuno acerca del uso de la X en la palabra México, (que tiene sabor tradicional) y ya antes motivara un desplante de Valle-Inclán. No se trata de un libro nuevo, sino sólo en cuanto forma editorial, pues se compone, como muchos otros suyos, de artículos diversos, escritos y publicados en distintas épocas, (aquí, desde 1920 y tantos) si bien unidos por sus temas, versando todos sobre motivos mexicanos. Al poner su nombre al comienzo de la serie, se ha querido, sin duda, no sólo valorizarla con su prestigio intelectual —hoy el mayor de